

CUENTO

EL MOCHUELO

DURANTE toda aquella noche, mientras su mujer agonizaba, Santiago Baclon había oído al mochuelo ulular sin tregua, en el bosquecillo de hayas que une el gran camino con el caserío. Por la mañana, al expirar la moribunda, el pájaro había llamado. Desde entonces, no se le había oído nunca más. ¡Y había pasado un año!

De pronto, una noche, en el instante en que el campesino subía a su cuarto, la bestia maldita lanzó en la sombra su triste grito.

Al principio, Santiago no le prestó atención. Luego percibió el lúgubre llamado y quedó inmóvil, a medio vestir. Por fin se acostó, murmurando:

—¡El mochuelo! Otra vez ha vuelto... ¿Qué querrá, ahora?...

Por largo tiempo, con la mirada fija en la estrecha ventana, donde brillaban algunas estrellas, escuchó. Se estremecía, sin saber si era de frío o de miedo. Luego el ave nocturna cesó su monótono canto y el hombre se durmió con sueño pesado.

Al día siguiente, el campesino estuvo taciturno. Y por la noche, a la misma hora que el día anterior, se estremeció con secreto terror al oír nuevamente el canto procedente del ramaje.

—¡Es el pájaro que anuncia la muerte! —pensó.—Ha venido por mi mujer, y se la ha llevado... Ahora, no hay aquí nadie más que yo... ¿Entonces?... ¿Acaso quiere?...

No osó acabar su pensamiento, por temor de atraer la desgracia; pero su frente se cubrió de helado sudor, y se quedó inmóvil asomado a la ventana, escrutando las tinieblas.

Y desde entonces, cada día, lamentable, implacable, el mochuelo volvió a gemir entre los árboles.

Santiago se atemorizó; en vano trató de razonar; el animal lo atraía hacia la nada. En una semana no quedó del viejo sólido y fuerte más que un pobre ser cansado,

hosco, y que parecía amenazado por un peligro desconocido.

Al domingo siguiente, como todos los meses, el infortunado hombre recibió la visita de su sobrino José. Este era, como él, un rudo campesino que se interesaba tanto más por su tío cuanto que era el único heredero de sus bienes.

Llegó del pueblo vecino, dispuesto a beber la botella de costumbre; pero halló a su tío tan pálido, tan cambiado, que en lugar de las pesadas bromas de siempre no pudo más que balbucir:

—¿Qué te sucede, tío...? ¿Es que estás enfermo...?

El anciano levantó hacia él una mirada tan triste que José calló, desconcertado. Entraron en el comedor y Baclon suspiró al fin:

—¡Estoy perdido, muchacho...! No me queda ya para mucho tiempo...

—¡Perdido...! ¡Un hombre tan fuerte como tú...!

—El mochuelo viene aquí todas las noches...

—¿El mochuelo...?

—Sí, el que anunció el fin de tu tía...

¡Ella me espera...! ¡Oh, no digas que no...! ¡Yo lo sé bien...! Será necesario que vaya arreglando mis cosas...

Reinó un momento de silencio. José trató de elevar el espíritu de su tío. Pero el mismo reconoció que aquél era un signo que nunca engañaba, y salió del caserío más pronto que de costumbre.

La vida de Baclon fué convirtiéndose en un infierno. Al terminar la jornada, esperaba el grito nocturno que sin embargo siempre lo sorprendía como una puñalada. Ya no atendía nada, ni las mieses ni el ganado; y sus sirvientes, viéndolo tan taciturno, no se atrevían a hablarlo.

Poco a poco, su cerebro se turbó. Se quedaba largos ratos inmóvil, con los dientes apretados, acechando quién sabe qué. Luego tenía breves impulsos de rebelión, de defensa. Murmuraba plegarias o profecía blasfemias, y siempre atravesaba sus ojos el espanto de lo invisible y del mis-

terio. Ahora el sobrino iba todos los domingos a ver cómo seguía el desdichado. Hallaba a su tío cada vez más aplanado y no dudaba ya de un desenlace fatal.

Por otra parte, el mochuelo parecía exasperar su llamado, como si intuyera a su víctima más próxima. Gritaba desde el crepúsculo al alba. Baclon, enloquecido, escuchaba con terror. Ya no dormía, ni comía casi, y su flaco cuerpo parecía flotar dentro de las ropas demasiado amplias.

Una noche, finalmente, el anciano oyó el pájaro tan próximo, que creyó llegada la hora. Un estertor rodó en su garganta.

Pero, de pronto, aguijoneado por el espanto, se irguió. Enloquecido, las pupilas desorbitadas y el aliento ronco, amenazó en la oscuridad:

—¡No! ¡No! ¡No quiero...! ¡No quiero morir...! ¡No, bestia embrujada, tú no me llevarás...! ¡Eres tú, tú, ¿entiendes?, la que vas a morir...! ¡Espera...! ¡Espera...!

Como un alucinado, llegó tambaleándose hasta la chimenea y descolgó el viejo fusil que de ella pendía. Con ademanes precisos, verificó la carga, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Afuera, la luna inundaba con su claror la campiña. Una bocanada de aire frío le hirió las sienes. El mochuelo gemía desesperadamente.

Con los ojos enloquecidos, Santiago escrutó la espesura de los árboles. Brusca-mente, creyó percibir algo que se movía entre unas ramas. De un sólo golpe, echóse el arma al hombro e hizo fuego.

Oyóse el choque de una caída, un ruido sordo sobre el suelo. Una forma negra se abatió. El viejo, asustado, se refugió en su cuarto y atrancó la puerta.

Por la mañana, cuando osó salir, vió tendido en la hierba el cuerpo de su sobrino, con el pecho rojo de sangre. Entonces gritó, atrajo a los vecinos bajo el imperio

de un espantoso pánico que le erizaba los cabellos.

Acudieron varios campesinos. Levantaron a José. Poco a poco, éste abrió los



ojos. Un hilo púrpura corría de su boca, contraída en rictus.

—¡Perdón...! ¡Perdón...! —balbuceó—. El mochuelo... El mochuelo...

Su mirada se ponía vidriosa. Se retorció en el suelo y agregó:

—El mochuelo... era yo..., desde que mi tío me había hablado... Yo lo imitaba... para heredar... más... pronto... sus bienes...

Su cabeza volvió a caer. Estaba muerto. Ante él, Baclon, alelado, repera:

—Yo sabía bien que era un signo infalible... Pero no pensaba, hijo mío, que era por tí..., ¡por tí...!, por quien venía el mochuelo...

Alberto TENULLE.

“Ilustración Castellana,
desea a sus lectores

un feliz y próspero

AÑO NUEVO